

«pudiese jugar libremente sin tocar ni á sus huevos ni á sus hijos». Gall pretende probar con este hecho la inteligencia y la prevision de los animales en circunstancias extraordinarias é imprevistas; y nosotros opinamos que no prueba sino su estupidez. Efectivamente, si estos pájaros hubiesen sido capaces de cierto grado de inteligencia, de prevision y reflexion, ¿no habrian mas bien escogido otro sitio vecino para fabricar su nido, en vez de volver al antiguo hecho ya impropio para el objeto, á causa ó por el riesgo de trastornar ó de incomodar á su pequeña familia con el ruido y con la agitacion ó movimiento de la cuerda de la campanilla, y con el frio que habia de ocasionar la corriente del aire establecida con las aberturas opuestas? Todo esto prueba con evidencia que los animales son siempre ciega y fatalmente impedidos por su instinto, y que todo lo hacen por un puro mecanismo orgánico y fisiológico, sin muestra ninguna de inteligencia, de prevision ni de libertad.

Si hacen los animales movimientos razonados, es bien cierto que no raciocinan sus movimientos por sí solos; pero como calculamos nosotros nuestras acciones, tendemos naturalmente á creer que les sucede á ellos otro tanto, sin considerar que al lado de estos movimientos, que se nos figuran ser el producto de una combinacion inteligente ó de la reflexion, se les observan otros en los cuales aparece toda la estupidez del bruto. «Sin duda, añade Bossuet, que los animales lo hacen todo convenientemente, pero sin que conozcan la conveniencia: lo primero no solamente conviene á los animales, sino á todo lo que existe en la universo; lo segundo es efecto del raciocinio y de la inteligencia.»

¡Nada tan maravilloso como la industria de que se valé la hormiga-leon (hormiga cazadora) para coger su presa en la red! Este animal, privado de cerebro, describe perfectamente sin compás círculos, espirales y volutas, y abre en la arena con un arte admirable un cono vuelto que presenta un vasto precipicio al que se le acerca imprudentemente. Oculto este animalito en una emboscada en el fondo de su tolva ó madriguera, lanza granos de arena, con lo que hace y logra que caigan los insectos en aquel abismo: se echa sobre ellos, los devora, y lleva lejos de su cueva

<sup>1</sup> Sobre las funciones del cerebro, tomo IV, pág. 393.

los restos ensangrentados, temiendo que la vista de tal carnicería espante y aleje de su morada las víctimas que se propone hacer de nuevo. Esto es maña é industria, y en la cual se descubre á mas la mas perfecta geometría. Si esto es inteligencia, la hormiga-leon la tiene mayor que nuestros geómetras: mas no, sino que es arrastrada fatalmente, impulsada por un instinto ciego, sin sentimiento de prevision ni de conveniencia; está obligada á repetir los mismos actos sin conocimiento alguno de la relacion de la causa con el efecto, ó del medio con el fin. Así es que abrirá igualmente su cono en la arena debajo una campana de vidrio, á donde no podrá penetrar ningun insecto, y donde será inútil por consiguiente el fabricar emboscadas, porque no habrá nada que coger.

«La diferencia entre el instinto y la inteligencia está bien marcada, dice Virey. El instinto puro obra siempre sin raciocinar; es movido, impulsado por la necesidad, por los deseos, los sentimientos, las pasiones, y por toda especie de incitacion interior é involuntaria; no tiende sino á un objeto, y lo halla siempre por secretas relaciones. En los animales no existe aprendizaje alguno, ninguna perfeccion, ninguna variedad en la práctica, ninguna invencion aumentada, modificada ó añadida; todo está de antemano dispuesto con sabiduría por una accion necesaria, y toda natural. Si el niño y el aldeano inhábil se instruyen y estudian con la ayuda de las experiencias, primeramente lo hacen mal, y luego mejor; el insecto no ha menester de andar á tientas; la Sabiduría suprema le ha dispensado de este trabajo, aun cuando nazca muchas veces solitario, secuestrado, ó huérfano de padre y madre. No le cuesta meditar ni reflexionar; le vemos marchar y dirigirse en seguida á su objeto y á su fin invariablemente, por una iluminacion interna, superior á nuestra débil luz de raciocinio. Si no se perfecciona, si no llega á ningun descubrimiento nuevo, como la razon humana, no tiene á lo menos tiempo de ignorancia ó de degeneracion, como sucede en nuestra especie; y si carecen las abejas y las hormigas de siglos de gloria y de esplendor literario, tampoco tienen épocas de torpeza, de barbarie ni de oscuridad: finalmente, si el animal instintivo nada inventa, tampoco copia nada; todos sus actos son originales, nadie los imita: la golondrina no ha aprendido de nuestros archi-



«tectos el fabricar su nido; las avispas y los abejones forman celdas regulares sin necesidad de regla ni compás, las dirige un geómetra mas sublime; un arquitecto mas sábio levanta los edificios de las termitas y de las hormigas. ¿Hay maravilla mas extraña que el obrar con toda razon y toda industria sin poseer ni la una ni la otra? Cási se diria que la hormiga conoce las consecuencias de lo que hace.»

Algunos animales acaban obras que la industria humana no podrá nunca alcanzar; pero esta especie de talentos les son naturales é instintivos, y no los deben ni á la experiencia ni á la reflexion. El animal nada crea, nada inventa ni perfecciona, ni aun á sí mismo puede perfeccionarse; es hoy lo que fue al principio, y lo que será al fin de los siglos. Sus trabajos poseen la perfeccion, pero es siempre la misma, como la que se consigue con la mecánica de los telares; las telas de las arañas, las celdas exáedras de las abejas son las mismas que al principio del mundo.

Se nos dirá, si los animales están privados de toda inteligencia, si no tienen otras facultades que las de los sentidos, ¿de dónde les viene la prevision que en algunos de ellos se observa? ¿Á qué esta prevision de víveres en las hormigas, en las abejas y en los turones para su subsistencia durante el invierno? ¿No supone esto por ventura una nocion del tiempo y un cierto conocimiento del porvenir? Á esto responde Buffon<sup>1</sup>: «La prevision de las hormigas era un fanatismo que se las habia concedido observándolas, pero que se las ha retirado observándolas mejor; porque estos animalitos están entorpecidos todo el invierno, sus provisiones no son sino montones supérfluos, acumulados sin idea ni conocimiento del porvenir, pues que á tenerlo conocerian y prevenirian su inutilidad. ¿No parece natural que animales que tienen la morada fija á la cual están acostumbrados á transportar los alimentos que necesitan, y que halagan su paladar, transporten muchos mas de los que necesitan, determinados por el solo sentimiento, por el placer del olfato ó de algunos otros de sus sentidos, y guiados por el hábito que han tomado de llevarse los víveres para comerlos en reposo? Y esto mismo ¿no nos demuestra que solo tienen sentimiento y nada de raciocinio? Por igual razon

<sup>1</sup> Hist. nat., tomo III, pág. 81 y sig.

«recogen las abejas mucha mas miel y cera de la que necesitan; y nosotros nos aprovechamos no tanto del producto de su inteligencia como de los efectos de su estupidez; porque la inteligencia las llevaria necesariamente á no recoger sino lo que necesitaran, y se ahorrarian la pena del resto, especialmente cuando la triste experiencia les ha demostrado que este trabajo es inútil, pues que se les quita lo que tienen de demasiado; y que esta abundancia es la causa única de la guerra que se las hace, y origen de la desolacion y del trastorno de su sociedad. Y es tan cierto que no trabajan sino por un sentimiento ciego, que puede obligárselas á trabajar, por decirlo así, tanto como se quiera, haciendo de modo que no les falten flores. . . . .

« . . . . Por lo que toca á los turones, cuando ellos mismos hacen sus agujeros procuran no hacerlos grandes, y entonces no pueden almacenar sino una corta cantidad de granos; pero cuando encuentran debajo de un tronco de árbol un grande espacio, se alojan allí, y lo llenan tanto como pueden de trigo, de nueces, de avellanas, de bellotas... de suerte que la provision en vez de ser proporcionada á la necesidad del animal, no lo es sino á la capacidad del sitio. . . . .

«Lo mismo sucede con la prevision de los pájaros. . . . .  
« . . . . No solamente ignoran los animales lo que ha de suceder, sino hasta lo sucedido. Una gallina no distingue sus huevos de los de otro pájaro; no ve que las pequeñas ánades que acaban de salir de la cáscara no le pertenecen: empolla los huevos no fecundados, de los que nada ha de resultar, con tanta atencion y cuidado como los suyos propios; no conoce ni lo pasado ni lo que ha de venir, y aun se engaña sobre lo presente.»

El autor dice mas arriba estas palabras, que están llenas de razon y de verdad: «Por una inteligencia igual á la nuestra no pueden los animales tener conocimiento del porvenir, pues que nosotros mismos no tenemos de este sino nociones muy dudosas é imperfectas; ¿por qué, pues, darles con tanta ligereza una tan sublime calidad? ¿por qué degradarnos tan fuera de propósito? ¿No seria por ventura mas razonable, puesto que no puede dudarse de los hechos, el atribuir la causa á las leyes mecánicas, establecidas como todas las demás de la naturaleza por la voluntad



«del Criador? La seguridad misma con que se supone que obran  
«los animales, la certeza de su determinacion, bastaria para con-  
«cluir que todo es efecto de un puro mecanismo. La duda es el  
«carácter mas manifesto de la razon, pues que es la deliberacion  
«y la comparacion; pero los movimientos y las acciones que no  
«anuncian mas que la decision y la certidumbre, prueban la es-  
«tupidez, á la par que el mecanismo.» Es decir, la inteligencia  
del autor de este mecanismo infalible, y la estupidez del ser donde  
se encuentra.

«Solo Dios conoce lo pasado, el presente y el porvenir; es de  
«todos los tiempos, y ve en todos los tiempos. El hombre, cuya  
«duracion es de pocos instantes, no ve mas que estos instantes;  
«una potencia viva é inmortal los compara, los distingue y los or-  
«dena; y por esta conoce lo presente, juzga de lo pasado y pre-  
«ve el porvenir: quítese al hombre esta luz divina, y se borra y  
«oscurece todo su ser; no quedará sino el animal; ignorará lo pa-  
«sado, no sospechará el porvenir, y no sabrá ni aun lo que es pre-  
«sente.»

La mayor prueba de la diferencia esencial que separa al hom-  
bre del bruto, y que no permite asimilar al animal mas industrioso  
con el hombre el mas limitado es, que «el hombre, dice el Sr. Bo-  
«nald, nace con la ignorancia de todo lo que debe saber, pero con  
«la facultad de aprender de sus semejantes lo que ignora, de co-  
«nocerlo todo y de conocerse á sí mismo; el bruto al contrario, na-  
«ce instruido de todo lo que debe hacer, pero incapaz de ir mas  
«léjos. La razon del hombre es incierta. . . . porque no llega  
«al conocimiento de la verdad sino por grados y con el auxilio del  
«raciocinio. El instinto de la bestia es seguro, porque no teniendo  
«nada que aprender, debe haberlo todo recibido para el fin que  
«le es propio. . . . .  
« . . . . . Lo repito, el  
«animal nace perfecto ó acabado; el hombre nace perfectible é  
«infinito, me atrevo á decirlo; porque dice Bossuet, que puede  
«encontrar hasta lo infinito. . . . . Para el bruto la perfec-  
«cion relativa está en el individuo, y la imperfectibilidad en la  
«especie; para el hombre al contrario, la imperfectcion está en el  
«individuo, y la perfectibilidad en la sociedad ó en la especie. La

«especie bruta vuelve siempre á empezar; da vueltas incesante-  
«mente dentro de un círculo del que no puede salir; la especie  
«humana no se detiene nunca, porque sigue una línea recta cuyo  
«término no puede alcanzar.»

El hombre, añade el Sr. Bonald, puede dirigir y aun formar  
hasta cierto punto el instinto del animal, darle algunos hábitos,  
enseñarle á imitar algunos movimientos; pero lo que así le ense-  
ñamos al animal prueba solamente nuestra inteligencia y no la  
suya, «pues que el animal mejor instruido hace siempre estas ac-  
«ciones artificiales con una regularidad de autómeta, y muchas  
«veces fuera de tiempo.»

No cabe duda que el pensamiento solo se hace conocer con una  
expresion articulada ó figurada, es decir, con la palabra ó con el  
gesto; no teniendo, pues, los animales ninguna de estas expresio-  
nes, es preciso convenir que carecen ó están privados de la facul-  
tad de pensar y de raciocinar. «Los antiguos, dice Bonald, lla-  
«maban á los animales privados de razon *muta animalia*, los ani-  
«males mudos; y cuando la credulidad popular buscaba presagios  
«de grandes calamidades, contaba en el número de las mas si-  
«niestras, que las bestias habian hablado, *pecudesque locutae, in-*  
«*fandum!* Y nosotros mismos, á pesar de nuestros sistemas, ¿no  
«seriamos cogidos de sorpresa y casi de terror, si sorprendiése-  
«mos á un animal, no digo hablando, sino solamente haciendo  
«un gesto que fuese la expresion reflexionada de un pensamien-  
«to, y no la seña involuntaria de una sensacion ó de una nece-  
«sidad?»

Hé aquí lo que dice Buffon sobre el orangutan, en la asimila-  
cion que de él hace con el hombre:

. . . . «Todas las partes del cuerpo, de la cabeza y de los  
«miembros, tanto exteriores como interiores, son perfectamente  
«semejantes á las del hombre, que no puede comparárselas sin  
«admiracion y sin sorprenderse de que de una conformacion tan  
«semejante, y de una organizacion tan igual ó absolutamente la  
«misma, no resulten idénticos efectos. La lengua, por ejemplo,  
«y todos los órganos de la voz son los mismos que los del hom-  
«bre, y no obstante el orangutan no habla; el cerebro es de la  
«misma forma y de la misma proporcion, y sin embargo no pien-



«sa<sup>1</sup>. ¿Hay una prueba mas evidente de que la materia sola, aunque perfectamente organizada, no es capaz de producir ni el pensamiento ni la palabra, que es su señal, á menos que no esté animada con un principio superior?»

Si el orangutan no habla, si no tiene como nosotros el lenguaje articulado, no es porque á ello pongan obstáculo ninguno los sacos hyo-thyroides, como lo pretenden Virey y Richerand, además de Camper, sino únicamente porque no piensa<sup>2</sup>. Quitad este obstáculo supuesto á la palabra, y el orangutan por esto no quedará menos mudo; haced mas, suponed estos órganos vocales absolutamente semejantes á los del hombre, el animal tampoco hablará, ni aun podrá emitir espontáneamente sonidos articulados; y si los produjese seria el lenguaje del papagayo, compuesto de puros sonidos mecánicos, incapaces de ser seña ni vehiculo de ningun pensamiento. Así, aunque el perro, el elefante y el orangutan tuviesen los órganos de la palabra y de la voz hechos como los del hombre, jamás hablarian, porque no les ha dado Dios la palabra, es decir, les ha negado el pensamiento, que es la razon y la condicion del lenguaje articulado ó de la palabra.

En otra parte hemos visto que no ha podido inventar el hombre la palabra, y que la ha necesariamente recibido de Dios con

<sup>1</sup> Es cierto que la inteligencia no está siempre en proporcion directa y racional con el volúmen del cerebro, pues que muchos animales tienen este órgano relativamente mas voluminoso que el hombre. Bajo de esta proporcion relativa, segun la observacion de Haller y Cuvier, el hombre se halla colocado entre el mirlo y el pitirojo, y la primera clase pertenece al canario. Virey dice que bajo la proporcion de la extension relativa del cerebro, el hombre es igualado por el raton, y sobrepujado por el gorrion. El asno tiene mas cerebro á proporcion que el caballo.

Todos los anatomistas han convenido en que era necesaria una *potencia especifica radical* para presidir á las organizaciones tan parecidas del hombre y del orangutan, y que sin embargo producen efectos tan eminente y tan prodigiosamente desiguales.

<sup>2</sup> Buffon, *Hist. nat.*, tomo VI, en 8.º, pág. 163.

<sup>3</sup> Este pasaje está suprimido en las últimas ediciones de la obra de Richerand que no habíamos visto, y está reemplazado por el que sigue: «El mono, en quien estas partes son conformes con las del hombre, hablaría como este, si su inteligencia fuese bastante desarrollada.» Es decir, que si el mono fuese hombre hablaría como él.

las ideas, con el pensamiento y con la razon. Pero ¿los salvajes, se me dirá tal vez, no tienen acaso el uso de la palabra? ¿De dónde les viene el lenguaje? Los salvajes no son verdaderamente salvajes, sino restos de civilizaciones antiguas, y sus lenguas restos igualmente de antiguas lenguas *perdidas*, como dice el Sr. de Maisre. Si no hubiesen recibido de la sociedad el uso de la palabra, tampoco hablarian mas que los orangutanes. Así la sola inteligencia ó el hombre ha recibido del Criador el don sublime de la palabra, y ha dejado al bruto la sensacion, el instinto y el silencio.

Si los animales no tienen ninguna expresion de pensamiento y de raciocinio, se les ve no obstante expresar sus *pasiones* y sus necesidades con gritos ó con movimientos involuntarios; y por estas expresiones & manifestaciones exteriores se entienden entre ellos, porque todos tienen sobre poco mas ó menos las mismas necesidades y los mismos apetitos, que forman parte de su instinto. La palabra que les dirige el hombre no puede ser para ellos una seña de pensamiento, solamente la entienden como un puro sonido; y lo que lo prueba es, que si se sustituye una perifrasis á las palabras ó sonidos, *busca, trae*, el perro ya no obedece. No persuadiréis jamás á los aldeanos mas estúpidos, que el papagayo de la anécdota que voy á contar expresase con gritos articulados un pensamiento de peligro unido á la esperanza de un próximo socorro. En el mes de octubre último han traído los diarios una escena cómica ocurrida en el boulevard de París.

«Se pavoneaba un loro magnífico delante un grande almacén, divirtiéndose con su charla una gran porción de ociosos, cuando de repente un perro de caza, curioso indudablemente por conocer la causa de este concurso, atraviesa por entre la multitud, salta sobre el papagayo, y se lo lleva corriendo. El pobre loro echa gritos de angustia, mas en vano; entonces se pone á gritar: «¡socorro! ¡la guardia! ¡la guardia! Asustado su ladrón al oír una voz que cree humana que sale de aquel gahate, suelta al pobre loro, y huye con el rabo entre las piernas, como si en efecto fuese perseguido por la guardia.»

Referirémos para terminar esta noticia algunos pasajes extraídos textualmente de la obra ya citada del Sr. Bonald; y estas ci-



tas que contienen reflexiones morales de grande interés, podrán considerarse como un resumen de lo que acabamos de decir de las costumbres, del alma ó del instinto de los animales.

«Tal vez no sea imposible el sacar de esta diferencia entre el alma del hombre y el instinto del bruto algunas inducciones, aunque lejanas, sobre la inmortalidad de la una y la mortalidad de la otra. Las ideas de orden, de razon y de justicia; etc., son eternas como Dios, que es su tipo: el alma que concibe estas ideas es inmortal, pues que es la facultad de contemplar un objeto eterno; pero la que tienen los brutos de recibir imágenes y sensaciones, teniendo por objeto este mundo material y perecedero, se puede creer que cesa esta facultad cuando ya no hay razon para que exista, y que desapareció el objeto con la descomposicion de los sentidos destinados á recibirla.»

Nos preguntarán tal vez los partidarios de la opinion cartesiána, cómo se puede conciliar, en nuestra hipótesis, con la justicia y la bondad de Dios el estado de sufrimiento al que el bruto está expuesto, porque bajo un Dios justo, ninguna criatura puede ser desgraciada sin haberlo merecido.

Esta objecion podria tal vez detener á los que reconocen en el animal un principio inteligente; mas á nosotros no nos embaraza. Recorramos nuevamente á la poderosa razon del Sr. de Bonald.

«El animal no hay duda que padece, mas no es mas desgraciado padeciendo que feliz gozando; porque el dolor y el placer son sensaciones que puede todo ser organizado y animado experimentar; y la dicha ó la desgracia son sentimientos de los que es susceptible solamente el ser inteligente y moral. . . . .

«La razon dice que solo es feliz el ser que tiene idea del soberano Bien y un destino natural hácia la felicidad suprema, cuya aplicacion hace á los objetos que le ofrecen algunos rasgos del bien ó de lo bueno que conoce, y de lo que espera; y solamente desgraciado el que puede comparar su estado presente de pena con el sentimiento de su dignidad y la grandeza de sus esperanzas; que solo es feliz el que en el placer ve ó cree ver en algun modo la plenitud de su existencia, y el complemento de sus altos destinos; y solo desgraciado el que considera el dolor como

«un castigo, como una degradacion de su ser y una decadencia del dominio que tiene derecho de ejercer sobre los seres sensibles y sobre sí mismo; y que el animal que está privado de estas ideas, de estos deseos, de este destino y de esta esperanza, que no puede hacer ninguna comparacion de su estado actual con otro estado, bien sea que padezca ó bien que goce, no es en el fondo mas feliz ni mas desgraciado que la planta que se riega, y la madera ó leña que se quema; y si bien no debemos atormentarle por capricho, ni hacerle trabajar sin necesidad, la razon nos permite que usemos de él como de todos los demás objetos sensibles, esto es, con moderacion y segun lo exigen nuestras necesidades.

«Por otro lado, hablando exactamente, la pena es menos que la destruccion, cuyo anuncio y principio es el dolor; y el gozar, que es un bien, es menos que la vida, cuyo completo ejercicio está en el placer; mas la vida y la muerte no son un bien ó un mal sino para el ser que las conoce, que las juzga, y que algunas veces, á pesar de la naturaleza, huye de la vida como de un mal, y busca la muerte como un bien. Mas asi para el bruto como para el vegetal, la vida y la muerte no les son nada; nada sino el movimiento y el reposo; nada sino un estado que el uno comienza y que el otro concluye, y en el que la muerte no es mas que la condicion necesaria de la vida. . . . .

«Si el animal no hubiese debido ser en manos del hombre sino un instrumento ó un medio puramente pasivo, como la madera, la piedra, los metales, etc., no habria tenido con el hombre otras relaciones que las relaciones materiales que tienen estas sustancias inanimadas con el cuerpo humano; esto es, relaciones de distancia, de extension, de peso, de adherencia ó de divisibilidad de partes; relaciones que tienen todos los cuerpos entre sí, y que hacen propios á los que sirven á nuestras necesidades para trabajar para nuestra industria; pero los animales debian ser para el hombre instrumentos animados, medios activos, y no únicamente materiales; debian ayudarle en los trabajos, ser los compañeros de sus placeres, ó enemigos por su valor; les eran necesarias relaciones con nosotros de una especie diferente. Era pre-



«ciso que el animal nos viese para conocernos, nos conociese para  
«encontrarnos, nos oyese para obedecernos, y se nos inclinase  
«para vivir entre nosotros; y estas mismas facultades que acos-  
«tumbran con el hombre á los animales útiles, le eran necesarias  
«para librarle de las fieras, que se multiplican por todo en donde  
«el hombre no está, que aparecen en donde este no reside; pero  
«que le ceden el imperio de la tierra, y se alejan de la residencia  
«de este dominador del universo. . . . .

«Era pues necesaria á los animales una organizacion humana,  
«si me atrevo á decirlo, para poder servir al hombre, una facul-  
«tad de imaginar para que les pudiésemos transmitir imágenes, una  
«facultad de sentir para que les pudiésemos dar costumbres y há-  
«bitos; y destinados á reproducirse para durar en la tierra tanto  
«como el hombre, necesitaban afecciones domésticas, ó algo pa-  
«recido á ellas, para buscarse y unirse entre sí, y tomar de su  
«progenitura el cuidado que nosotros no podemos darla, es de-  
«cir, que á los brutos les era necesario todo lo que tienen, y nada  
«más que lo que tienen; porque la inteligencia, el conocimiento,  
«y por consiguiente la razon que gratuitamente se les atribuye,  
«serian tan importunas al hombre como inútiles al animal, incó-  
«modas á nuestra superioridad, y supérfluas á su dependencia:  
«si fuesen inteligentes serian menos sumisos, y tal vez demasiado  
«semejantes al hombre, razonarian en vez de obedecer. . . . .

«No pueden los animales tener facultad para razonar sino pa-  
«ra nuestra utilidad ó la suya: si se les ha dado para servirnos,  
«no son mas que nuestros esclavos, y la preeminencia del hom-  
«bre es incontestable; si les ha sido dada para instruirse ellos  
«mismos, ¿qué uso hacen de esta luz interior? ¿les sirve acaso  
«para su ventura y para mejorar su condicion?... Mil generacio-  
«nes de animales se han sucedido desde Aristóteles, y nada han  
«añadido para perfeccionar sus especies. . . . .

«El servicio de los animales (inteligentes y pensantes) pierde  
«para mí todos sus encantos, y yo pierdo con ellos mi seguridad.  
«En ellos veia un instinto maravilloso que bastaba á sus necesi-  
«dades y á las mias; y ya no veo en ellos sino una inteligencia  
«degradada... Habiendo sido instrumentos útiles, han venido á

«ser comensales peligrosos. Este perro fiel que reposa á mi lado  
«mientras duermo, este caballo dócil que me lleva con su paso  
«seguro al través de los torrentes y de los precipicios, si piensan,  
«si reflexionan, si racionan, ¿no harán acaso nunca uso de su ra-  
«zon sino para obedecer? Y si los pensamientos del hombre des-  
«conocido, de mi semejante, á quien encuentro solo en sitios so-  
«ditarios me inspiran algunos temores justos, ¿no me sorprenderá  
«el terror, si me encuentro débil y desarmado en medio de estos  
«rebaños de esclavos, que tienen iguales pensamientos que los  
«míos, y medios de ataque tan superiores á mis medios de de-  
«fensa?

«Resumámonos. La facultad interior que conduce á los brutos  
«y da impulso á sus movimientos está limitada en cada especie  
«por su organizacion particular; luego esta facultad es un ins-  
«tinto, y no una inteligencia, una razon; pues que lo propio de  
«la razon y de la inteligencia es ser servida y no limitada hasta  
«por sus órganos, y no conocer término á sus ideas y á sus pro-  
«gresos.

«La facultad interior que anima al hombre, gobierna y dirige  
«sus acciones no está limitada por su organizacion, pues que el  
«hombre inventa todos los dias nuevos medios de extender la  
«fuerza de sus órganos ó de suplir á su debilidad, y de hacer, en  
«una palabra, con órganos artificiales lo que los naturales le rehu-  
«san. Así boga encima de las olas, se eleva á los aires, recorre  
«la tierra, mide los cielos, lo mismo que conoce lo pasado, juz-  
«ga de lo presente, prevé el porvenir, y somete todo lo que es y  
«hasta lo que no es aun á la accion de su pensamiento ó de su in-  
«dustria; luego esta facultad es una inteligencia. Si es necesario  
«para su conservacion y para el destino que han recibido el que  
«los animales tomen algunas inducciones de las imágenes que  
«ven, que contraigan algunos hábitos por la frecuente repeticion  
«de los mismos actos, estas inducciones, ó mas bien estas con-  
«secuciones, que no salen de los límites de su instinto, y hacen  
«parte de él, no son racionios; y si se quiere llamar á este ins-  
«tinto con sus inducciones y sus hábitos una razon, no se hace  
«sino cambiar la acepcion de las palabras; y una razon limitada  
«á los solos objetos materiales y circunscrita en un círculo de in-



«ducciones simples y de hábitos involuntarios no es lo que han  
«entendido los hombres en todo tiempo por la palabra *razon*: en  
«este caso no se disputan sino las palabras, y si se quiere conve-  
«nir de buena fe, se concluirá en que el instinto de los brutos no  
«es la inteligencia del hombre, y que no tiene ni el mismo uso  
«ni el mismo destino; atrevámonos á decirlo, en el fondo no se da  
«mayor importancia á la inteligencia de los brutos que á la del  
«hombre; pero se quiere hacer que el hombre dude de su pro-  
«pia razon, y de todo lo que esta le prescribe y le inspira; se quie-  
«re, prodigando de este modo la inteligencia, quitar todo su valor  
«á una facultad comun á todos los seres, y que incierto el hom-  
«bre entre tantas inteligencias, no crea ya en ninguna, y no se re-  
«conozca en sí sino un instinto; se quiere sobre todo, atribuyen-  
«do á las bestias la inteligencia, echar á los partidarios de la in-  
«mortalidad del alma humana en la incertidumbre de saber si el  
«alma del hombre es mortal como la de las bestias, ó si la de es-  
«tas es inmortal como la del hombre.

«Hay, pues, lo infinito entre el hombre y el bruto respecto de la  
«inteligencia. Los animales tienen una facultad de recibir imáge-  
«nes, y no inteligencia de las ideas: sensaciones y no sentimien-  
«tos, hábitos y no reflexiones, hacen movimientos exigidos por  
«un instinto ó por un impulso, y no acciones dirigidas por una vo-  
«luntad. Para estas especies sin poder, sin deberes, sin digni-  
«dad, sin propiedad y sin libertad no hay felicidad ni desgracia;  
«masas organizadas para reproducirse, vivir y morir en el servi-  
«cio del hombre, y de las que puede servirse como de todo lo so-  
«metido á su imperio y permitido á sus necesidades. Indudable-  
«mente que su propio interés, y aun mas el de la sociedad, le  
«prescriben el emplearlos con moderacion, y su misma razon le  
«prohibe entregarse hácia ellos á movimientos de violencia y de  
«ferocidad ó de capricho; mas los sentimientos de respeto y de  
«afecto no los debe sino al ser que le es semejante, y sin pueri-  
«lidad y aun sin profanacion no puede extenderlos hasta los se-  
«res desposeidos de razon y de sentimiento, que nunca sabrian  
«apreciarlo ni corresponderlo.

«Me atrevo á decir que estas consideraciones morales son mas  
«decisivas para probar la inteligencia de la especie humana y la

«espiritualidad de su principio pensante, exclusivo de todas las  
«especies de seres animados ó inanimados, que estas supuestas  
«observaciones fisiológicas, que colocando en los órganos el pen-  
«samiento, concluyen la identidad del principio de algunas se-  
«mejanzas imperfectas en los instrumentos, no elevan al animal  
«sino para degradar al hombre, no nos dan estos rivales sino pa-  
«ra darnos dueños, y por una blasfemia execrable hacen del rey  
«de la naturaleza un orangutan degenerado.»